➤ *La misericordia. La resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lucas 7, 11-17). Palabras del Papa Francisco en la Catequesis de 10 de agosto de 2016. La gran compasión de Jesús hacia una mujer que había perdido al marido y que ahora acompaña al cementerio a su único hijo. El encuentro a la puerta de la ciudad de Naín: Jesús está a punto de entrar en el pueblo, mientras de él está saliendo el triste cortejo que acompaña a un difunto. Durante este Jubileo, sería una buena cosa que, al pasar la Puerta Santa, la Puerta de la Misericordia, los peregrinos recordasen este episodio del Evangelio, sucedido a la puerta de Naín. A la Puerta Santa cada uno llega llevando su propia vida, con sus gozos y sus sufrimientos, proyectos y fracasos, dudas y temores, para presentarla a la misericordia del Señor. Estamos seguros de que, junto a la Puerta Santa, el Señor se acerca para encontrar a cada uno de nosotros, para llevar y ofrecer su poderosa palabra consoladora: «¡No llores!» (v. 13). Esta es la Puerta del encuentro entre el dolor de la humanidad y la compasión de Dios.*

❖ **Cfr. Audiencia General de Papa Francisco**

Miércoles, 10 de Agosto de 2016 - La resurrección del hijo de la viuda de Naín (cfr. Lc 7,11-17)

El texto del Evangelio de Lucas que hemos escuchado (7,11-17) nos presenta un milagro de Jesús verdaderamente grandioso: la resurrección de un joven. Sin embargo, el corazón de este relato no es el milagro, sino la ternura de Jesús con la madre de este joven. La misericordia toma aquí el nombre de gran compasión hacia una mujer que había perdido al marido y que ahora acompaña al cementerio a su único hijo. Es este gran dolor de una madre el que conmueve a Jesús y lo provoca al milagro de la resurrección.

Al introducir este episodio, el Evangelista entra en muchos particulares. A la puerta de la ciudad de Naín –un pueblo– se encuentran dos grupos numerosos que provienen de direcciones opuestas y que no tienen nada en común. Jesús, seguido de los discípulos y de una gran muchedumbre está a punto de entrar en el pueblo, mientras de él está saliendo el triste cortejo que acompaña a un difunto, con la madre viuda y mucha gente. Junto a la puerta los dos grupos se rozan solamente andando cada uno por su propio camino, pero es entonces cuando san Lucas anota el sentimiento de Jesús: «Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: “¡No llores!”. Y acercándose tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron» (vv. 13-14). Gran compasión guía las acciones de Jesús: es Él quien para el cortejo tocando el ataúd y, movido por la profunda misericordia hacia esa madre, decide afrontar la muerte, por así decir, de tú a tú. Y la afrontará definitivamente, de tú a tú, en la Cruz.

Durante este Jubileo, sería una buena cosa que, al pasar la Puerta Santa, la Puerta de la Misericordia, los peregrinos recordasen este episodio del Evangelio, sucedido a la puerta de Naín. Cuando Jesús vio a esa madre en lágrimas, ¡ella entró en su corazón! A la Puerta Santa cada uno llega llevando su propia vida, con sus gozos y sus sufrimientos, proyectos y fracasos, dudas y temores, para presentarla a la misericordia del Señor. Estamos seguros de que, junto a la Puerta Santa, el Señor se acerca para encontrar a cada uno de nosotros, para llevar y ofrecer su poderosa palabra consoladora: «¡No llores!» (v. 13). Esta es la Puerta del encuentro entre el dolor de la humanidad y la compasión de Dios. Atravesando el umbral realizamos nuestro peregrinaje a la misericordia de Dios que, como al joven muerto, repite a todos: «¡A ti te digo, levántate!» (v. 14). A cada uno nos dice: “¡Levántate!”. Dios nos quiere de pie. Nos ha creado para estar de pie: por eso, la compasión de Jesús lleva a aquel gesto de la curación, a curarnos, del que la palabra clave es: “¡Levántate! ¡Ponte de pie, como te creó Dios!”. De pie. “Pero, Padre, nosotros caemos tantas veces” – “¡Adelante, levántate!”. Esa es la palabra de Jesús, siempre. Al atravesar la Puerta Santa, procuremos oír en nuestro corazón esta palabra: “¡Levántate!”. La palabra poderosa de Jesús puede hacernos levantar y obrar también en nosotros el paso de la muerte a la vida. Su palabra nos hace revivir, da esperanza, refuerza los corazones cansados, abre a una visión del mundo y de la vida que

va más allá del sufrimiento y la muerte. ¡En la Puerta Santa está grabado para cada uno el inagotable tesoro de la misericordia de Dios!

Alcanzado por la palabra de Jesús, «se incorporó el que había muerto y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre» (v. 15). Esta frase es tan bonita: indica la ternura de Jesús: “Lo entregó a su madre”. La madre recupera al hijo. Recibiéndolo de manos de Jesús, vuelve a ser madre por segunda vez, pero el hijo que ahora le es devuelto no es de ella de quien recibe la vida. Madre e hijo reciben así la respectiva identidad gracias a la palabra poderosa de Jesús y a su gesto amoroso. Así, especialmente en el Jubileo, la madre Iglesia recibe a sus hijos reconociendo en ellos la vida dada por la gracia de Dios. Por esa gracia, la gracia del Bautismo, la Iglesia se convierte en madre y cada uno de nosotros se convierte en su hijo.

Ante el joven vuelto a la vida y devuelto a su madre, “todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo”. Lo que Jesús hizo no es pues solo una acción de salvación destinada a la viuda y a su hijo, o un gesto de bondad limitado a aquella ciudad. En el socorro misericordioso de Jesús, Dios va al encuentro de su pueblo, en Él aparece y seguirá apareciendo a la humanidad toda la gracia de Dios. Celebrando este Jubileo, que he querido que se viva en todas las Iglesias particulares, es decir, en todas las iglesias del mundo, y no solo en Roma, es como si toda la Iglesia esparcida en el mundo se uniese en el único canto de alabanza al Señor. También hoy la Iglesia reconoce ser visitada por Dios. Por eso, encaminándonos a la Puerta de la Misericordia, cada uno sabe que se acerca a la puerta del corazón misericordioso de Jesús: en efecto, Él es la verdadera Puerta que conduce a la salvación y nos devuelve a una vida nueva. La misericordia, tanto en Jesús como en nosotros, es un camino que parte del corazón para llegar a las manos. ¿Qué significa esto? Jesús te mira, te cura con su misericordia, te dice: “¡Levántate!”, y tu corazón es nuevo. ¿Qué significa realizar un camino del corazón a las manos? Significa que con el corazón nuevo, con el corazón curado por Jesús puedo hacer las obras de misericordia mediante las manos, procurando ayudar, curar a tantos que lo necesitan. La misericordia es un camino que parte del corazón y llegas a las manos, es decir, a las obras de misericordia.

[al final, saludando a los peregrinos de lengua italiana]

He dicho que la misericordia es un camino que va del corazón a las manos. En el corazón, recibimos la misericordia de Jesús, que nos da el perdón de todo, porque Dios perdona todo y nos levanta, nos da la vida nueva y nos contagia con su compasión. De ese corazón perdonado y con la compasión de Jesús, comienza el camino hacia las manos, es decir, hacia las obras de misericordia. Me decía un Obispo el otro día que en su catedral y en otras iglesias ha hecho puertas de misericordia de entrada y de salida. Yo le pregunté: “¿Por qué has hecho eso?” – “Porque una puerta es para entrar, pedir el perdón y tener la misericordia de Jesús; la otra es la puerta de la misericordia en salida, para llevar la misericordia a los demás, con nuestras obras de misericordia”. ¡Es inteligente ese obispo! También nosotros hacemos lo mismo con el camino que va del corazón a las manos: entramos en la iglesia por la puerta de la misericordia, para recibir el perdón de Jesús, que nos dice “¡Levántate! ¡Ve, Ve!”; y con ese “¡ve!” –de pie– salimos por la puerta de salida. Es la Iglesia en salida: el camino de la misericordia que va del corazón a las manos. ¡Haced eses camino!

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana